

DIEGO ARMANDO PEÑA R.

I

El teléfono sonará tres veces antes de que levantes el auricular. La llamada te traerá un ruego mezclado con anuncios:

—Por favor, primo, usted es el único con tiempo para cuidarla. Al menos háganos el favor hasta que vendamos la casa y logremos conseguirle a ella un apartamento más cerca de nosotros, o hasta que mi mamá se muera. Puede que sea cuestión de días, según dicen los médicos.

Su última frase te quedará en los oídos. Esas palabras te inquietarán más en el taxi, cuando bajes la ventana y se una a ellas el ruido de la calle. ¡Puede que sea cuestión de días, según los médicos! Quizá el taxista notará tu fastidio y apagará el radio. En ese instante, cruzarán por el hospital en que naciste e imaginarás el momento: tu papá contigo en brazos, los chillidos incesantes del hospital y la calle. Un doctor acercándosele a su oreja.

—Puede que su esposa muera en cuestión de días.

¿O tu madre habrá muerto apenas te tuvo? La imagen se reproducirá en tu cabeza: tu papá abrumado de oír condolencias médicas toma un taxi y te arrulla entre lágrimas para no enterarse de los sonidos de la calle; de los de su memoria. La tía Adelita con quince años y calmada te recibe en la puerta de la casa; en su mano tiene el tetero para recién nacidos.

Sonreírás brevemente, y tal vez el taxista, al verte, creará que ha sido bueno quitar la música. ¿Cómo se puede desahuciar así a una mujer como tía Adelita? Querrás

responderte esta pregunta, pero terminarás recordando o, mejor, imaginando a tu madre que muere entre aparatos escandalosos, voces chillonas, calles bulliciosas y el llanto de su recién nacido. Como las imágenes que harás en tu cabeza no lograrán hacerte sentir algo por ella, buscarás afuera. Primero, escucharás el sonido del motor; luego, chasquearás los dedos, y, por último, verás la sonrisa del taxista que intenta iniciar una conversación contigo. Aunque lleve de muerta tus 65 años de vida, desearás regalarle una buena emoción a tu madre, o por lo menos sentir su ausencia, pero enseguida recordarás a la tía Adelita y la frenada del taxi frente a la casa te distraerá.

II

No será su cara demacrada, ni su calvicie, y mucho menos que su piel apenas forre los huesos; será su olor a clínica lo que te impactará. Incluso, ese olor a baldosa blanca hará que se te escurra una lágrima; la limpiarás antes de terminar el abrazo con ella. ¿Dónde está el perfume tibio de tía Adelita? Querrás preguntarle a tu prima mientras la saludas, pero ella se irá de la casa luego de hablar rápidamente contigo. Aprovecharás la soledad para hablar con tu tía Adelita, pero ella cortará cualquier posibilidad de conversar con las frases “Manolito, siquiera vino a verme” o “usted sí se parece harto a su papá”. Quizá por pereza de tus primos, ella todavía tendrá puesta la bata de la clínica; tú no se la quitarás hasta el día siguiente. Luego de comer, acariciarás su cabeza hasta que se quede dormida

y aspirarás varias veces para encontrar su antiguo aroma. Fracasarás.

Probablemente tu tía Adelita, al saber que ibas a cuidarla, mandó a poner tu cama en el centro y no pegada a la cortina, como le gustaba a tu papá. Recordarás, recostado en la cama, que te gustaba decir:

—Detrás de la cortina derecha, tía Adelita, y de la izquierda, papá.

Pero ahora ya no necesitas decir lo último, ni mirar a la izquierda. Te vendrán a la memoria algunas frases de tu prima:

—Ya hizo metástasis... Estamos a punto de venderla... Mi hermano Hernando va a tomar mi parte de la venta para hacer un negocio en Holanda... Posiblemente me la devuelva con intereses...

Desearás seguir dándole vueltas a esas palabras, pero el olor a clínica que empieza a penetrar en tu cuarto te lo impedirá y te hará susurrar: “Olor ha muerto”. De inmediato, repasarás un momento: tu papá recostado en una camilla te dice:

—Mijo, lléveme a la casa.

—Tenemos que esperar —respondes y el olor a baldosa blanca disuelve su perfume a pino silvestre. A las dos horas, él muere.

El despertador sonará al instante y tú revisarás un papel para saber cuál es la pastilla de las cuatro de la mañana. Después de dársela y antes de quedarse dormida, ella te dirá que ha pensado en los últimos días que la muerte da significado a la vida. “Papá también se puso filósofo antes de morir”, pensarás con cierto escalofrío y sonreírás con lástima. Antes de volver a la cama, aspirarás cinco veces en busca de ese olor perdido. Rendido te acostarás a su lado y te dormirás pensando que tu papá muere a las cuatro de la mañana con ese olor impregnado.

En la mañana, te despertarás con un sabor agridulce en la boca. Sin abrir los ojos, recordarás una escena: tu tía Adelita prepara un chocolate y, antes de que hierva, le echa unas pepitas de polen.

Después de mucho moverla, tía Adelita se despertará y tú le preguntarás si para el desayuno quiere un chocolate agridulce, como a ella le gusta. Ella te dirá que sí con una sonrisa, tal vez de gusto por ser atendida. En la cocina encontrarás todo igual de organizado e, incluso, hallarás fácilmente la olleta pequeña. El sabor agridulce se te hará más intenso y te traerá una serie de imágenes: tu tía Adelita te trae juguetes, justifica tus diabluras, cuida de tu ropa, te ayuda con las tareas y cocina con una sazón que hace regocijar tus pupilas. Pensarás que tal vez tu papá, por la inocencia que ella cargaba, no permitió que ningún pretendiente se le acercara.

Te sentirás agradecido con la segunda mamá que tienes. Al arrojar las pepitas de polen, imaginarás la felicidad de tu tía Adelita al tomarse el chocolate y ver que su sazón no morirá con ella. Te encontrarás ansioso por revivir ese sabor, pero será más fuerte la ansiedad de ver a tu tía degustar el chocolate. La sentarás y pondrás el pocillo sobre la mesita de noche. Ella tomará un sorbo largo.

—¡Esta vaina sabe a mierda! —Te gritará luego de escupir y tirar el pocillo.

Definitivamente ya no será Adelita, ni siquiera tía; Adela a secas, pensarás en la cocina luego de haber limpiado. No podrás ni imaginar cómo alguien se acostó con esa mujer. El sabor agridulce habrá desaparecido y tú pensarás que por actitudes así, tus primos decidieron no hacerse cargo de ella y esperar a que muera. Desde ese instante tú también desearás que muera pronto para no tener que lidiar más con ella. El sabor regresará con un instante: recién pasado a tu apartamento, Adela te visita y con un chocolate agridulce te cuenta que espera mellizos (Jhoana y Hernando). Te parece extraño, pues nunca le conociste novios y justo queda embarazada cuando tú te vas y tu papá toma el cuarto junto al de ella. No escudriñas más.

Planearás furioso llamar a tus primos y entregarles a su mamá, pues creerás que Adela ya no merece tus cuidados. Querrás comunicárselo primero a ella y, justo al entrar al cuarto, Adela entre lágrimas te dirá:

—Si te vas, me quedo sin quien me entierre.

Volverás a la cocina un tanto calmado y probarás el chocolate. Realmente sabe a mierda, pensarás, y un sabor a caucho invadirá tu boca.

Palparás cada prenda en el armario en busca de la suavidad que recuerdas. Al final, derrotado, elegirás cualquier muda de ropa. Primero la desvestirás, luego llevarás el tanque de oxígeno y por último la alzarás para conducirla a la tina. La piel de Adela estará muy ajada y al enjabonar su pecho sentirás su latido muy débil. Ella estará impávida, incluso mientras la vistes. La sentarás en el patio para que tome sol y mientras tanto tú, con fastidio, cambiarás las sábanas llenas de sus desechos. El asco será mayor al sentir, a través del papel higiénico, mierda ajena.

Almorzarán en el comedor y ella, tal vez por pena o compasión, pondrá su mano sobre tus dedos. La sensación de esa palma agrietada te generará una imagen: te despiertas en la noche, no puedes ver nada y empiezas a llorar. Una mano suave te estruja los dedos y tu llanto cesa al reconocer la piel de Adela.

Luego de llevar a Adela a la cama, caminarás por la casa recordando los juegos que imaginaste en esa mansión. Al pasar tu mano por las paredes descascaradas, la sensación de la piel de ella se intensificará y te pondrás ansioso. Con las viejas brochas de tu papá empezarás a pintar el zaguán de la entrada. La pintura solo te alcanzará para media pared, pero te alegrará embellecer un poco la casa para sus futuros dueños.

Adela no querrá cenar y solo aceptará las pastillas para antes de dormir. Tú te recostarás en tu cama, dormirás a intermedios y, finalmente, te quedarás despierto

con las imágenes de tu infancia y la casa. El despertador no tendrá necesidad de sonar a las cuatro de la mañana, tú te pararás cinco minutos antes y la moverás; ella no responderá. Tocarás su pecho, estará más ajado y allí no sentirás ningún movimiento. Antes de las lágrimas tomarás la camándula de ella y dirás al palpar las pepitas descascaradas por la uña:

—¿Para qué?

III

Observarás el brazo metálico levantado. El celular te sonará:

—Hola, Manolito. ¿Qué más? ¿Dónde anda? —Te dirá la voz de Jhoana.

—En la demolición de la casa.

—Umm, ya. Se me había olvidado que era hoy. Primito, lo llamo para decirle que Hernando ya me consignó mi parte de la venta y que los dos queremos darle un reconocimiento por haber cuidado a mi mamá, alma bendita. ¿A dónde le consignamos?

—¿No van a venir a la demolición?

—No, Manolito, eso queda muy lejos.

—Bueno, los llamo luego y hablamos del asunto —dirás con indignación.

Verás que el primer golpe del brazo metálico quebrará las tejas de barro. Él bajará y subirá más de cinco veces, luego terminará de destrozarse la casa con un movimiento de atrás hacia adelante. Pronto se construirá ahí un edificio y tú lamentarás que tu papá le vendiera su parte a Adela. Querrás mirar la casa de nuevo, entonces cerrarás y abrirás los ojos; allí estará ella con todos sus ladrillos. Volverás a hacerlo y ahora la verás más joven, casi nueva. Intentarás otra vez y ya no la verás. Te sentirás ciego y asustado. Desearás encontrarles un sentido a los recuerdos apagados, no lo lograrás y te desesperarás con la... Tranquilo, aún queda tiempo para que el cuento acabe y el teléfono suene. ■■